

Acción sindical en una sociedad compleja: interrogantes, reflexiones y sugerencias sobre el futuro sindical

Author(s): Albert Recio

Source: *Mientras Tanto*, No. 38 (Primavera 1989), pp. 73-91

Published by: Ediciones de Intervención Cultural

Stable URL: <https://www.jstor.org/stable/27819782>

Accessed: 14-02-2022 11:17 UTC

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact support@jstor.org.

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at <https://about.jstor.org/terms>



JSTOR

Ediciones de Intervención Cultural is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *Mientras Tanto*

Acción sindical en una sociedad compleja: interrogantes, reflexiones y sugerencias sobre el futuro sindical *

ALBERT RECIO

0. *Presentación*

Las notas que exponemos a continuación no son más que un conjunto de reflexiones sobre la política sindical realizadas desde el punto de vista de un observador exterior. Es posible por tanto que muchas de las consideraciones que aquí realizamos hayan sido ya objeto de análisis interno aunque, desde nuestra posición, no lo hayamos sabido captar. Corremos por tanto el riesgo de caer en la repetición de problemáticas ya analizadas, pero consideramos que los temas a tratar merecen más de un debate.

Cuando redactamos estas acotaciones ha tenido lugar la huelga general del 14 de diciembre que ha constituido, sin lugar a dudas, un enorme éxito sindical. Entre otras cosas ha puesto en evidencia algo que para nosotros es un punto de partida esencial: que en una sociedad capitalista los sindicatos constituyen un mecanismo primario de organización de la clase trabajadora. Pero esta movilización y esta consideración no pueden hacernos olvidar que corren tiempos difíciles para la lucha sindical debido, fundamentalmente, al cúmulo de transformaciones que están experimentando las sociedades capitalistas y que cambian los parámetros de comportamiento laboral. Es por esta razón necesario propiciar un debate en profundidad de la naturaleza de estos problemas, de sus efectos y de las líneas de intervención que pueden posibilitar un cambio en la correlación de

* Este artículo constituye la ponencia presentada en las Jornadas de debate organizadas por la Fundación de Investigaciones Marxistas, en Marbella. El autor agradece los comentarios de Alfons Barceló y Josep Gonzalez Calvet que han permitido mejorar el texto.

fuerzas. Si bien es evidente que no han sido los sindicatos, y la izquierda en general, los causantes del estado actual de la situación, sería del todo imperdonable que una falta de reflexión y de elaboración política impidiera alcanzar pautas de actuación para hacerles frente.

El objetivo de nuestra breve comunicación no es otro que aportar nuestra visión particular de la situación a esta discusión necesaria. Por motivos de tiempo y espacio la desarrollamos en enunciados cortos, sin buscar ni el apoyo documental ni la información de base sobre los que fundamentar estas notas.

1. *El contexto ambiental: transformaciones y problemas*

1.0. En los últimos veinte años las economías capitalistas, y en parte también las no capitalistas, han conocido una serie de transformaciones, al calor de lo que se ha conocido como crisis, que parcialmente (no todos los cambios tienen la misma profundidad) van a tener efectos de largo plazo que van a afectar a los distintos niveles de la vida social. Considero importante subrayar aquellos aspectos que tienen un mayor impacto potencial para el futuro de la clase obrera y sus organizaciones.

1.1. Posiblemente la transformación más radical que ha tenido lugar ha sido la internacionalización de la economía. Tal proceso ha estado alentado tanto por esfuerzos deliberados de las multinacionales por reorganizar el marco institucional en el que actúan (pues esto y no otra cosa es la apertura de fronteras económicas) como por las transformaciones tecnológicas (en especial en el campo del transporte y la comunicación) que lo han posibilitado. Este proceso de internacionalización va más allá de la simple existencia de empresas que actúan a nivel planetario, por cuanto supone, al mismo tiempo, tanto un cambio paulatino de las instituciones que modulan el proceso económico, especialmente importante en el caso español, como el simple hecho de que la mayor parte de empresas, y no sólo las grandes, se enfrenten hoy a un mercado mucho más amplio que en ningún otro momento histórico.

Este proceso de integración tiene lugar bajo la hegemonía del capital, entre otras razones porque el carácter centralizado de las grandes empresas capitalistas las hace mejor adaptadas a esta internacionalización (y consiguiente centralización política) que las organizaciones de trabajadores que a duras penas operan a escala estatal. A corto plazo procesos como el de la "construcción europea" van a estar indefectiblemente controlados por los intereses de los grandes oligopolios. De ello se derivan dos conclusiones: 1) que, al menos

en el futuro inmediato, el proceso de internacionalización actuará como un condicionante de la lucha obrera en cada país; 2) que hoy por hoy, en tanto no se cuestione el marco de referencia, los proyectos europeístas son fundamentalmente incumbencia del capital.

Este proceso de internacionalización tiene efectos importantes sobre las economías nacionales y las empresas individuales que conviene destacar:

— Fuerte aumento de la competencia entre empresas de distintos países que se traduce en una presión por reducir las demandas sociales en cada país. Esto es evidente no sólo en el campo de los costes salariales —donde se chantajea a la clase obrera de los países con alto nivel de organización mediante la competencia de bienes producidos en condiciones laborales semicoloniales o manchesterianas— sino también en muchos otros terrenos —subastas a la baja entre distintos países y regiones para atraer inversiones (mediante subsidios, exenciones fiscales, etc., que luego redundan en mayores costes para la colectividad), aceptación de industrias contaminantes para generar empleo... El poder de disponer de la propiedad de los medios de producción permite al capitalismo variar, a su favor, la relación de fuerzas.

— Mayor incertidumbre, derivada de la mayor opacidad de los mercados que cada vez son más lejanos y fluctúan al calor de múltiples factores. Cualquier empresa que vende al exterior depende no sólo de sus propias acciones y de las de sus rivales, sino también de las actuaciones en materia monetaria, comercial, tecnológica y hasta política que realizan un conjunto de gobiernos e instituciones internacionales.

— Imposibilidad de realizar políticas nacionales de empleo y producción (en especial dificultad de desarrollar políticas de demanda efectiva de orientación keynesiana) a causa de la variada gama de condicionantes exteriores: desequilibrios de la balanza comercial, política de inversiones extranjeras, etc. Esta situación es especialmente grave para países en los que no existe ni un desarrollo tecnológico autónomo, ni una autonomía en el abastecimiento de materias primas básicas y en los que el control de las principales actividades productivas esté en manos externas, condicionantes que se dan en nuestro país.

— Globalmente este proceso de internacionalización se traduce tanto en la parálisis de una política económica autónoma, como, en el plano empresarial, en la búsqueda de menores costes y mayor flexibilidad con los que se trata de paliar el aumento de la competencia y la incertidumbre.

1.2. Otro importante grupo de cambios viene originado en las transformaciones tecnológicas propiciadas especialmente por las innovaciones en el campo de la microelectrónica, la informática y las telecomunicaciones. Hay que señalar de entrada que las mismas están profundamente impregnadas en su ritmo, modalidades y efectos por el marco de relaciones sociales imperante —entre otras razones porque los empresarios modulan, a través de las decisiones de inversión en I+D y nuevos equipos, las líneas preferentes de actuación— sin que pueda considerarse su implantación como el resultado de un proceso natural.

Más allá de sus efectos sobre el volumen de empleo (que depende no sólo de la productividad por persona, sino de muchos otros factores: nivel de producción, cambios en la composición del producto social, jornada laboral, etc.) estas mutaciones técnicas tienen relevancia en otros campos:

— Provocan una transformación importante del contenido de los procesos de trabajo que afectan especialmente a los empleos manuales tradicionales.

— Transforman, a favor del capital, los medios de control sobre la fuerza de trabajo. Ello es especialmente significativo en los campos del control técnico —más “objetivado”— y del control de actividades a distancia. Esto puede cambiar algunos perfiles del conflicto industrial al variarse las estructuras jerárquicas tradicionales —sustituidas por medios más sutiles de supervisión— o desmembrarse parcialmente los grandes complejos industriales.

— Generan la percepción empresarial de que las posibilidades tecnológicas favorecen una mayor flexibilidad productiva, lo que se traduce en mayor diferenciación de productos y ajuste más automático a las fluctuaciones del mercado. En consonancia con estas expectativas se pretende una mayor flexibilidad de la propia mano de obra.

— Las posibilidades de las nuevas tecnologías se traducen asimismo en un flujo de nuevas generaciones de productos orientadas a satisfacer las demandas de grupos sociales para los que son más evidentes las ventajas de unos bienes que permiten la interrelación a larga distancia, la precisión, el manejo de una gran cantidad de información, etc. Esto se traduce en una presión muy fuerte por concentrar la inversión social en las infraestructuras que posibilitan su desarrollo —redes de telecomunicaciones, trenes de alta velocidad, medicina sofisticada— en detrimento de otras actuaciones adecuadas a la satisfacción de las necesidades de los grupos que tienen una menor posibilidad de representación social.

En conjunto, el nuevo “paradigma tecnológico” puede afectar no sólo en el plano laboral —a través del desempleo generado por las opciones empresariales en materia de tecnología y ocupación, a través de las variaciones en la estructura de cualificaciones y las formas de control laboral...— sino también en el campo del consumo y la inversión pública, generando un proceso autoalimentado de diferenciación social y consolidación de un área de marginación.

1.3. La reestructuración productiva que tiene lugar al calor de estos procesos tiene como efecto principal la consolidación de una amplia segmentación de la clase obrera, dando lugar a la formación de estratos que se diferencian entre sí por una variada gama de condiciones de vida y trabajo.

Esta transformación no puede considerarse producida por el importante cambio tecnológico sino, prioritariamente, por las condiciones sociales que rigen el proceso de producción. Las modalidades de introducción de las nuevas tecnologías, su propio desarrollo está profundamente impregnado de determinaciones sociales. En todo caso el desarrollo tecnológico actual propicia la puesta en marcha de una gama de condiciones de empleo pero, por sí mismo, no las determina. La actual diferenciación de condiciones laborales está relacionada más especialmente con la búsqueda, por parte empresarial, de contextos que favorezcan un mayor control sobre la actividad laboral, una discriminación que permita abaratar salarios y el recurso a una fuerza de trabajo móvil que soporte los costes de los ajustes productivos. Evidentemente el mantenimiento de altas cotas de desempleo supone una condición básica para el éxito de estas políticas. A señalar al respecto la importancia que adoptan las nuevas políticas de contratación laboral que tratan de justificarse como respuestas necesarias a los retos planteados por la internacionalización de la economía y la nueva frontera tecnológica.

Los procesos de segmentación se desarrollan a través de diferentes mecanismos institucionales que tienden a diferenciar, objetiva y subjetivamente, a los trabajadores: pautas de contratación, carreras profesionales, empleo público/empleo privado, discriminación por razones de sexo, raza, nacionalidad... Los efectos de esta segmentación son especialmente relevantes en materia de distribución de la renta, condiciones de trabajo, posibilidades de carrera, estabilidad del empleo, etc., y tienden a reproducirse entre generaciones en la medida que los recursos económicos y las actitudes laborales conforman un elemento importante de la formación infantil. La segmentación afecta por tanto a nivel estático y a nivel dinámico.

La segmentación del mercado laboral puede tener efectos perniciosos para la acción sindical. De una parte porque al incrementarse el

segmento de empleos precarios crece la masa de trabajadores que está estructuralmente imposibilitada de participar en la vida sindical tradicional. En segundo lugar porque al reducirse y delimitarse el empleo estable es más fácil a las empresas desarrollar políticas de integración de este personal, abriéndose posibilidades al sindicalismo corporativo de empresa (peligro que hemos detectado en algunas grandes empresas catalanas con fuerte tradición sindical). En tercer lugar porque la mayor consolidación del empleo público respecto al privado puede generar un comportamiento sindical diferenciado de ambos sectores. En cuarto lugar porque la insatisfacción con lo que ofrece el sindicalismo establecido y el discurso individualista se traduce en la aparición de sindicatos de "oficio" corporativos. Este proceso está además afectado por el hecho de que una parte de los nuevos empleos precarios son cubiertos por trabajadores con características personales diferenciadas: mujeres, extranjeros, jóvenes... cuyas pautas de comportamiento son, asimismo, variadas y cuya situación de marginación es en parte aceptada por los otros trabajadores masculinos adultos.

1.4. Un cuarto aspecto relevante de la actual situación es la quiebra ideológica de los viejos principios que sirvieron para legitimar la política socialdemócrata tradicional. El triunfo de la ideología liberal es, a corto plazo, bastante sólido porque se sustenta en una serie de pilares notorios.

— La internacionalización de la producción, al desvincular la acumulación de capital del crecimiento en el propio país sienta las bases que justifican las políticas de ajuste.

— La segmentación del mercado de trabajo al fomentar la existencia de segmentos con altos ingresos genera en los mismos una mayor aceptación del mercado sobre otras formas de articulación social. Con ingresos suficientes el mercado suministra los bienes y servicios que uno quiere, si no está satisfecho con su proveedor puede "salir" de esta relación y buscarse otro. La existencia de una enorme masa de desempleados posibilita asimismo que la obtención de muchos servicios en el mercado sea barata. Por el contrario a los pobres les está vedado a menudo su acceso al mercado y su capacidad de articulación política no hace tampoco que su "voz" se llegue a hacer sentir. Las capas medias tienen una mejor articulación cultural y organizativa que se refleja en el predominio de las ideas liberales pro mercado.

— La crisis del estado de los servicios sociales refuerza el proceso anterior. La falta de dotaciones presupuestarias adecuadas, la privatización parcial (dejando que el estado cargue con aquellos servicios difícilmente rentabilizables...) actúa asimismo como efecto potencia-

dor de tal situación. Un mal servicio público —donde cualquier mejora pasa por una costosa movilización, donde los trabajadores tienen capacidad institucional de hacer huelga y paralizar el servicio, se contraponen con servicios privados aparentemente más eficientes, donde uno paga y se despreocupa, donde la precarización del empleo reduce los conflictos— acaba por convertirse en un escaparate favorable al liberalismo presente. Al mismo tiempo, la crisis experimentada por los países del bloque soviético reduce aún más los atractivos de una economía gestionada públicamente.

— Constatar asimismo que en el plano cultural el liberalismo ha avanzado mucho en el terreno científico. La mayor parte de facultades de ciencias sociales generan un discurso cultural individualista y, a menudo, antisindical. Esto tiene importancia en la medida en que este discurso constituye el soporte cultural de una buena parte de los cuadros políticos del sistema. No cabe duda que este discurso está plagado de altas dosis de frivolidad intelectual y se ha consolidado con buenos apoyos institucionales, pero es así mismo cierto que su triunfo ha venido también favorecido por las debilidades, y a menudo el sectarismo intelectual, de algunas de las tradiciones científicas alternativas (especialmente de la marxista). A corto plazo las posiciones alternativas van a encontrar poco soporte intelectual.

1.5. Un quinto problema proviene de un campo externo, al menos aparentemente, al del mundo laboral. Nos referimos a los problemas medioambientales. En los últimos años han ocurrido una serie de catástrofes que difícilmente pueden pasarse por alto: Harrisburg, Bophal, Chernobil, el Mar Báltico, el ozono polar... Las previsiones científicas predicen un aumento de los problemas; incluso en el plano cotidiano los problemas de polución y “stress” van en aumento.

Esta problemática plantea serias dudas sobre la viabilidad y la bondad de un modelo de crecimiento sostenido basado en un creciente consumo de productos que permitan absorber la mano de obra que el cambio técnico deja disponible. Con mayor o menor intensidad este desarrollo es cuestionado por determinados sectores sociales, cuya audiencia posiblemente aumentará a medida que los problemas ecológicos se intensifiquen.

Esto cuestiona la racionalidad de las políticas laborales basadas en mantener el empleo existente y dejar en manos del capital la elección de técnicas y procesos productivos. Sin lugar a dudas muchas de las perentorias demandas ecológicas atentan contra muchos puestos de trabajo existentes. Se plantea por tanto la disyuntiva de mantener la cultura y las prácticas establecidas en materia industrial, con el consiguiente enfrentamiento entre el movimiento ecológico y el

sindical o la adopción de un cambio de orientación, que sin lugar a dudas será difícil. Lo que está en juego es la capacidad de conformar al movimiento obrero como un movimiento capaz de presentarse como una alternativa social global y de discutir al capital su hegemonía cultural y política.

2. *Un desafío cultural*

2.1. El conjunto de problemáticas que acabamos de enumerar plantean un desafío a la acción sindical tradicional. En este sentido no pueden olvidarse los problemas planteados por algunos pensadores de los partidos socialistas europeos, a pesar de que su antisindicalismo sea a menudo intencionado o, cuando menos, forme parte de una mala tradición de algunas izquierdas de justificar como virtud lo que no es más que una realidad desagradable.

Creemos que la situación actual difícilmente podrá enderezarse si no existe un intento consciente de generar un marco de referencia cultural distinto del dominante. En parte la facilidad con la que se han impuesto las tesis liberales en el plano nacional e internacional ha sido debida a la ausencia de un discurso alternativo que discutiera algunas de las premisas básicas de las que se partía para analizar la situación y que sirviera como marco de referencia general en el que situar las luchas y los movimientos sociales. En especial la adopción de una interpretación de la crisis económica como un problema de humanidad, provocada por no se sabe qué agentes externos, ha favorecido una lectura de la misma claramente favorable a la hegemonía del capital. Pero la ausencia de cuestionamiento de las ideologías dominantes ha impregnado muchos aspectos de la vida política y laboral: desde la aceptación acrítica del proyecto europeo en marcha hasta la aprobación implícita del actual modelo de consumo (en una discusión reciente con cuadros sindicales, se nos ha negado la oportunidad de discutir el modelo de transporte privado dominante, cuando la contaminación y los problemas atmosféricos son acuciantes). Sin fomentar pautas y valores alternativos que permitan racionalizar la propia práctica y abrir brechas en la línea de argumentación de las clases dominantes va a ser difícil que se genere un movimiento que contrarreste las presiones actuales.

Es evidente que la construcción de un marco de referencias y valores alternativos, capaces de generar nuevos comportamientos es hoy más difícil que en el pasado. El predominio de los medios de comunicación de masas controlados por el gran capital, el desarrollo de formas de vida más individualizadas (ligadas al uso del automóvil, a la mejora en las viviendas, a la introducción de medios de ocio privado, etc.) y la organización por agencias estatales de gran parte

de los servicios y medios que conforman las condiciones de vida de la población, han puesto en quiebra los viejos mecanismos de integración colectiva. No se trata, desde nuestra óptica, de propugnar un retorno romántico al pasado, sino de pensar en formas de intervención en lo que hoy existe y en su transformación. En parte porque los mecanismos por los que hoy se conforma la cultura de masas no son completamente opacos a discursos hostiles y es posible dar batallas para que se abran. Pero esto no será factible si no existe un discurso realmente alternativo que defender. En parte también porque no parece imposible el desarrollo de actividades que tiendan a romper, por ejemplo, el monopolio capitalista de los medios de información o transformar contenidos y prácticas educativas.

2.2. La necesidad de remozar y renovar la ideología democrática igualitaria y solidaria, no sólo tiene importancia como medio de reconstrucción de una conciencia de clase, precisamente cuando los asalariados constituyen la mayoría absoluta de la población, sino que tiene importancia en el terreno de relación de la clase obrera con las capas de empleados relacionados con el trabajo científico. Es cierto que el divorcio existente entre unos y otros está, en buena medida, provocado por la pérdida de sensibilidad social y de compromiso ético de gran parte de lo que se considera "intelectualidad", seducida por las innegables prebendas que obtiene de su acomodación a los intereses dominantes. Ya hemos indicado, en el apartado anterior, la preponderancia que han adquirido las interpretaciones individualistas en el seno de las ciencias sociales, lo que a menudo permite justificar los comportamientos sociales de sus defensores. Pero hay que tomar en consideración que también la otra parte ha tenido su cuota de responsabilidad en este alejamiento. En el plano teórico, ha sido, posiblemente, el mantenimiento dogmático de posiciones del pasado y la impermeabilidad a nuevos conocimientos lo que ha abierto un flanco a la crítica interesada de la derecha intelectual. En el plano de las relaciones con la clase obrera lo que está en crisis es el tipo de relación tradicional en el que la división del trabajo entre unos y otros se reflejaba en una praxis sindical desnuda de pensamiento y conocimiento científico, en una praxis profesional —a excepción de casos como el de los abogados laboristas en los que se "vende" un servicio a los trabajadores y se establece una relación a medio camino entre la lucha en común y el trato mercantil— desligada del análisis crítico de la realidad y de su imbricación en la transformación social, y en una praxis política en la que los de abajo se dedican a la lucha y los intelectuales o dirigen o se limitan a proveer de credibilidad social a las luchas de la clase obrera mediante firmas y otros gestos simbólicos.

Cambiar esta relación va a ser difícil, y requerirá actuaciones en los distintos escenarios de la vida social. Pero hay también que consi-

derar aquellas vías de acción sindical que ayuden a quebrar la hegemonía cultural de la derecha. Difícilmente se logrará si se limita a pedir ayuda instrumental en momentos puntuales y se considera la elaboración intelectual como un mero aditamento embellecedor de la praxis sindical. En un mundo tan complejo y tecnificado como el actual, las respuestas a muchos problemas requieren análisis detallados y la colaboración de aportaciones de índole diversa. Hasta ahora se ha asumido que el conocimiento técnico lo pone la otra parte (el Estado, la empresa) y a los trabajadores les queda sólo el derecho a la protesta. Pensamos que esta línea de actuación debe rectificarse y debe exigirse:

— discusión técnica, con gente de ambas partes, previa a la adopción de decisiones trascendentes

— seguimiento y valoración efectivos, públicos, de los planes de actuación que se realizan

— discusión detallada de las bases informativas que se utilizan para la argumentación y la negociación (estadísticas utilizadas, información empresarial, etc.)

— discusión con buen bagaje informativo de los planes de actuación sindical en múltiples campos.

Estimamos que una política realizada en estos términos puede acercar a una parte de la población científica a la colaboración con los sindicatos y, al mismo tiempo, aumentar la capacidad de penetración cultural de las posiciones obreras al combatir en su propio terreno, el del análisis tecnocrático, la política de las clases dominantes. Se trata tanto de ofrecer nuevos campos de trabajo técnico, de plantear demandas sociales a las líneas de investigación y análisis teórico, como de aprovechar aquel trabajo que los científicos hacen, y seguirán haciendo, por cuenta propia pero que puede enriquecer y profundizar el planteamiento sindical. Evidentemente no se trata de ninguna medida curalotodo. Seguirá habiendo mucho conformismo y mucho acomodamiento en el comportamiento de las capas medias. El desarrollo de experiencias como las indicadas es costoso y exige dar una batalla para obtener los medios para llevarla a la práctica (batalla que ya ha estado iniciada por algunos sindicatos nórdicos), pero estimamos que es una de las vías que puede tratar de transitarse para superar un alejamiento que es demasiado trágico.

Nuestra propuesta estriba por tanto en considerar que una elaboración sindical más cuidadosa con el discurso técnico-científico puede constituir un factor de atracción de sectores sociales alejados en la

actualidad del movimiento obrero. Un factor de atracción más interesante y poderoso que la simple defensa sindical de algunos intereses corporativos de estos sectores. No se trata de sustituir el discurso sindical por una argumentación tecnocrática sino, por el contrario, de potenciar la fundamentación analítica de las propuestas de intervención de contenido igualitarista y democrático que caracteriza y da profundidad al movimiento obrero.

2.3. Hemos hablado de cultura pero no de contenidos. En parte las referencias necesarias están ya enunciadas en el análisis de la problemática y en parte trataremos de discutir las en el capítulo de propuestas. En buena medida constituyen valores tradicionales de la izquierda que se han acallado en los años recientes: igualitarismo y solidaridad frente a individualismo y desigualdad, planificación democrática frente a mercado incontrolado, cuestionamiento del capitalismo como un sistema de producción y de vida insatisfactorio, antirracismo, democracia real... Pero también deben incorporarse nuevos valores, actitudes y preocupaciones que los nuevos movimientos sociales han puesto a la orden del día: cuestionamiento de la división sexual, del crecimiento depredador... Se trata de elaborar un nuevo proyecto social que permita a la clase obrera, a la inmensa mayoría de personas que hoy ocupan un rol social subordinado presentarse como un grupo capaz de ofrecer una alternativa social superior. Posiblemente un prerrequisito necesario pasa por restablecer la conciencia de que se trata de un grupo social, de una clase con propuestas alternativas de gestión social. Sin lugar a dudas es asimismo urgente proceder a una revisión profunda de las experiencias de los países que se han autollamado socialistas. Tanto porque su ejemplo en la actualidad gravita negativamente, al menos en el plano económico, contra la izquierda, como porque su experiencia puede permitir detectar errores en los que no debe volverse a caer.

3. *Nuevas líneas de intervención*

3.0. Es obvio que una buena parte de la actividad sindical seguirá estando orientada a aquellos temas que habitualmente forman la agenda habitual: salarios, jornada laboral, condiciones de trabajo. No se trata de enmendar la plana sino de indicar líneas de intervención que parecen asimismo necesarias tanto para reforzar lo que ya se está haciendo, como para generar una dinámica alternativa.

3.1. Uno de los aspectos centrales a combatir es el propio proceso de competitividad en el que se plantea la internacionalización del capital. Los costes sociales del mismo son enormes y pueden crecer en el futuro. La política liberal ha cosechado algunos éxitos a corto plazo (de los que no son ajenos el particular keynesianismo de dere-

chas aplicado por la administración Reagan y la destrucción factual de la OPEP) pero posiblemente pueden aparecer problemas graves en el futuro que afectarán especialmente a países como España que han realizado una política de venta a precio de saldo sin crear estructuras económicas autónomas.

Las posibilidades de hacer frente a una nueva recesión y a los "diktats" de la política de la C.E. son reducidas y exigirán no sólo una enorme movilización social sino también un debate en profundidad y la búsqueda de alternativas que rompan el status actual. Apostar sin más a la unidad europea, a las bondades del mercado común, o a la confianza en que la crisis se ha superado y basta con obtener un mejor reparto de una tarta en crecimiento puede resultar suicida. Es posible que debamos prepararnos para nuevas presiones competitivas que se traducirán en demandas de menores salarios, más flexibilidad contractual, menores prestaciones sociales, etc. Hay que trabajar, a nivel nacional e internacional, para elaborar propuestas de acción (cambios institucionales, mecanismos reguladores, eventual frenazo a la apertura, etc.) que permitan evitar una nueva fase de degradación social. No ofrecemos recetas, sólo demandamos atención a esta problemática.

3.2. Un segundo frente a considerar es el de la segmentación. Es evidente que quien la provoca es el proceso de acumulación capitalista, pero es también evidente que la acción sindical puede contrarrestar o reforzar esta política. Según qué escalas salariales se negocien, según qué mecanismos de acceso al empleo se defiendan, según qué procesos de promoción y organización del trabajo se desarrollen se favorece o dificulta la segmentación. Hoy existe una verdadera maraña retributiva, el abanico salarial ha aumentado y con él las desigualdades. Si se consolida la negociación de ventajas particulares a colectivos especiales (por ejemplo, fondos de pensiones privados, reparto de acciones a trabajadores fijos...) se estará ampliando esta situación.

Hay la necesidad imperiosa de abrir un debate sobre estas desigualdades, que en muchos casos sólo se justifican por las políticas empresariales del "divide y vencerás", por inercias sociales y valores de jerarquía injustificables y por la propia práctica de considerar que es anticapitalista todo aumento salarial obtenido de la forma que sea. Algunas reivindicaciones de capas altas de la administración suenan a corporativas y pueden reforzar el extrañamiento sindical de trabajadores eventuales, o sumergidos, para quienes ni siquiera existe la posibilidad de negociación.

La política antidiscriminatoria, igualitarista no podrá desarrollarse sólo con difundir nuevos valores, sino también con la lucha por im-

poner fórmulas de distribución del trabajo, de formación y organización que tienden a reducir las diferencias, con la imposición de políticas de contratación no discriminatorias y con la decidida intervención en todos los procesos sociales externos al mercado laboral que tienden a reforzar estas diferencias: sistema educativo, entorno familiar, servicios públicos, etc.

La propuesta socialdemócrata de aceptar amplias desigualdades y complementarlas con medidas redistributivas ha mostrado sus límites y su peligrosidad. El problema básico es que supone aceptar que las desigualdades "naturales" están bien reflejadas en los salarios y que la redistribución es mera solidaridad con los ineptos. Es normal que más allá de un cierto límite los "aptos" consideren injusto avanzar mayores redistribuciones. Un problema adicional es que la fijación de normas muy estrictas de redistribución corren siempre el riesgo de ser desmanteladas cuando cambian las circunstancias. Si se opta por un sistema que deja en manos del poder político la fijación de pautas año a año, no hay garantías de que se apliquen siempre medidas adecuadas de redistribución; sin contar claro está que la situación de los individuos en la sociedad queda marcada por su rol social y su renta primaria. Considero por tanto que la base de una política de izquierdas de tipo igualitario debe realizarse, fundamentalmente, sobre las retribuciones básicas, las condiciones de empleo y los mecanismos sociales causantes de la desigualdad social.

Esto requiere tomar conciencia de que lo que plantean, dentro y fuera de los sindicatos, las mujeres, los jóvenes, los inmigrantes, debe ser recogido y analizado por el movimiento sindical. Y que los movimientos feministas, antirracistas, antidiscriminatorios deben constituir aliados naturales del movimiento obrero.

3.3. Una tercera problemática puesta en evidencia en años recientes es la de la capacidad del sistema social de satisfacer las necesidades sociales. La idea de eficiencia ha constituido una defensa tradicional del éxito de las economías capitalistas. Son innegables los incrementos colosales de la eficiencia, sobre todo si uno se limita a una constatación de fenómenos inmediatos. De todos modos conviene subrayar que ésta es una eficiencia discutible por cuanto las prioridades a satisfacer dependen del nivel y la distribución del poder adquisitivo de la población y pasa por alto gran número de externalidades. No puede sin embargo pensarse que una simple crítica de tipo intelectual va a ser suficiente para hacer tomar conciencia de la bondad de un sistema alternativo. Por desgracia las políticas de degradación de los servicios públicos actúan claramente de portavoz de la bondad de la empresa privada.

En el futuro inmediato va a ser difícil desarrollar amplios apoyos a las reivindicaciones de los trabajadores del sector público, así como favorecer una opinión favorable a opciones de tipo colectivo, si al mismo tiempo no se desarrollan propuestas de reestructuración de los servicios colectivos y de un funcionamiento eficaz y democrático. En la mayor parte de los casos esto significa una confrontación con las orientaciones de política general seguida por el Gobierno central, los autonómicos y los gerentes de organismos públicos. Pero posiblemente también deberán revisarse algunas prácticas laborales de índole corporativa. No en vano el mantenimiento de la actual estructura de poder ha pasado, entre otras cosas, por fomentar prácticas clientelares, de las que ya era muy avezado el régimen anterior.

Se trata de combinar la demanda de más servicios sociales, de servicios que satisfagan adecuadamente las necesidades variadas de la mayoría de la población y de adoptar políticas laborales que, sin crear discriminaciones, permitan satisfacerlas.

3.4. Otro punto en el que parece necesario prestar atención es el de la flexibilidad laboral y el contenido del empleo desde la óptica de los propios trabajadores. Si está claro que la mayor parte de expedientes flexibilizadores no tienen otro objetivo que mejorar las condiciones de rentabilización del capital, es también cierto que existen en la población potencialmente asalariada perspectivas variadas sobre el contenido y duración del empleo. No atender a esta demanda puede conducir a que los proyectos "flexibilizadores" del capital ganen audiencia social a pesar de que se estén refiriendo a necesidades diferentes de las de la población.

En el contexto de una reducción posible de la jornada de trabajo, posibilitado por el crecimiento de la productividad, existe espacio para diseñar políticas que permitan aumentar la autogestión individual del tiempo. Al mismo tiempo es posible discutir las condiciones concretas de empleo para adecuar las necesidades sociales de producción con las necesidades de desarrollo laboral. No parece que el mantenimiento de condiciones de trabajo de corte taylorista sea un objetivo a reivindicar.

A señalar, sin embargo, que una política de este tipo debe tratar de eludir dos problemas esenciales. El primero es el de que una diferenciación de condiciones de trabajo conduzca a reforzar las condiciones de marginación de un determinado grupo social (ésta es, por ejemplo, la situación más factible que producirá el empleo a tiempo parcial para las mujeres). La alternativa a este problema es combinar actuaciones antidiscriminatorias en el campo del empleo con actuaciones en la esfera exterior —obligar a que un porcentaje de empleos a tiempo completo sean para mujeres, propiciar polí-

ticas de servicios públicos (por ejemplo, guarderías) y fomentar la difusión de valores feministas e igualitarios. El segundo, es el de fomentar el desarrollo de puestos de trabajo parasitarios, pero altamente gratificantes para los que los realizan, mientras un grupo social carga con los trabajos más pesados y mal considerados. En este caso posiblemente una propuesta igualitaria debería tender a elaborar alternativas al actual sistema de empleo —por ejemplo, la realización de un servicio civil a realizar por todo el mundo durante un período de tiempo para cubrir las labores socialmente degradadas: limpiezas, recolección, etc.

3.5. El cambio tecnológico obliga asimismo a desarrollar variadas vías de actuación. Una de las básicas es la de la obtención del pleno empleo. Posiblemente éste será imposible defenderlo con meras actitudes de resistencia a la introducción de nuevas tecnologías (resistencia que se ha dado en contadas ocasiones) o con la simple esperanza de que la inversión en tecnología a nivel de empresa y la reducción de la jornada de trabajo crearán empleo. La primera suele producirse fuera del control efectivo de los sindicatos (y por lo tanto éstos se ven incapacitados a orientar su introducción) y la segunda puede dar lugar, si no existe un nivel de conciencia por parte de los trabajadores, a efectos perversos tipo aumento de horas extra. La defensa del pleno empleo sólo es posible desde una posición de control de las decisiones económicas básicas (tipo y volumen de inversión, diseño de los puestos de trabajo, etc.) y partiendo de la hipótesis de que los cambios técnicos provocan una compleja cadena de transformaciones —directas e indirectas— que es necesario prever a la hora de elaborar políticas. Ello supone una actuación sindical mucho más agresiva en materia de control de la acción empresarial y al mismo tiempo orientada a la búsqueda de soluciones que permitan al mismo tiempo beneficiarse socialmente de las oportunidades que ofrecen las mejoras tecnológicas y reconducir el empleo hacia aquellos campos donde éste es socialmente útil. La discusión de la reducción de jornada en relación a la creación de empleo, debe situarse en este contexto.

Hay, sin embargo, otros terrenos en los que el cambio técnico plantea dilemas. Uno, asociado a lo ya comentado, es el de la reestructuración laboral que lleva implícita y que obliga a un planteamiento en profundidad del tema de la formación y cualificación profesional. Se trata tanto de facilitar al máximo la transición entre empleos como, y éste es un campo de indudable confrontación, de evitar que las reconversiones provoquen una descualificación masiva o un incremento notable de las diferencias en materia de conocimiento laboral. En este terreno la lucha se plantea tanto en el diseño del puesto de trabajo —puesto que una misma base tecnológica puede ser compatible con distintas formas de organización del trabajo—

como por el control de la formación profesional. Pero más allá de este campo, donde sí existe ya una cierta presión sindical, deben tomarse en consideración los problemas generales —en el campo laboral y en el del consumo y la vida social— que plantea el nuevo paradigma tecnológico. La plena utilización de las mismas, el conocimiento de sus efectos globales, la forma de interacción que posibilitan sólo es asequible a aquellos que han alcanzado un nivel básico de desarrollo intelectual. No es impensable que de mantenerse las tendencias actuales se produzca una escisión social entre una minoría capacitada para desenvolverse plenamente entre el conjunto de posibilidades que ofrecen las nuevas técnicas y amplios grupos sociales para quienes éstas se traducen en videojuegos, televisión y vídeo, pero que son paulatinamente marginados de las cuestiones relevantes. El absentismo político creciente, en algunos países, entre las capas más deprimidas muestra palpablemente esta situación de abatimiento y extrañamiento creciente de amplios sectores de unos mecanismos sociales que no controlan. Si bien la ausencia de una formación cultural básica no es el único factor explicativo del problema, sí constituye un elemento importante del mismo. Por ello una línea de intervención sindical que presumimos importante, debe ser la presión por elevar el nivel educativo general y sobre los aspectos externos al sistema educativo que tienen influencia sobre el mismo —lo que hace reaparecer la importancia de las pautas de distribución de la renta, de los servicios públicos, de los valores sociales, etc.

3.6. Un último tema a analizar es la problemática de tipo ecológico. El nivel de problemas es cada vez más alarmante y exige la adopción paulatina de soluciones. Lo que la humanidad se juega en este envite es casi todo. A un nivel local hay ya problemas candentes (por ejemplo, en el área de Tarragona o en la contaminación de Madrid o Barcelona).

Ante esta situación el movimiento sindical tiene una disyuntiva. Una opción es la de seguir como hasta ahora: considerar que los temas de qué y cómo producir no son de incumbencia de los trabajadores y limitarse a la acción salarial,³ cuando no enfrentándose al mantenimiento de puestos de trabajo de dudosa utilidad social (por ejemplo, en alguna movilización en fábricas de armamento). Esta actitud tiene dos problemas: En lo inmediato está el hecho de que a menudo el mismo trabajador de la empresa polucionante es afectado directamente por los efectos nocivos que provoca la empresa en la que trabaja. En lo estratégico porque se favorece la disociación entre movimientos que se enfrentan a diferentes manifestaciones patológicas del modo de producción. La otra opción es asumir la complejidad de esta nueva problemática y tratar de asumirla desde la perspectiva sindical, buscando compromisos razonables.

Si al mismo tiempo consideramos que posiblemente las propias presiones competitivas del capital plantearán la necesidad de nuevas reconversiones, no parece aventurado empezar a pensar en la oportunidad de avanzar políticas de restructuración alternativas que tiendan a combinar el mantenimiento del empleo, la utilidad social y la defensa medioambiental. Por ejemplo, frente a los problemas de polución de las grandes ciudades, puede estudiarse un plan de acción que tenga en cuenta la sustitución del automóvil privado por el transporte público y que incorpore planes de reconversión industrial que mantengan el empleo —posiblemente se necesitará más personal en la producción del nuevo material de transporte y en su conducción y mantenimiento—. Puede incluso plantearse el trasvase de excedentes hacia otros servicios sociales hoy insatisfechos por la absorción de recursos a que obliga el modelo de transporte actual. Si no se cuestiona no ya el reparto de la tarta, sino su propia composición y configuración, va a ser cada vez más incompatible la defensa del empleo de unos trabajadores particulares con los intereses de la mayoría de la sociedad (y especialmente del conjunto de asalariados) en temas como la salud y la calidad de vida.

4. *Comentarios finales*

4.1. En las líneas anteriores hemos defendido la necesidad que tienen los sindicatos de definir unos objetivos mucho más amplios de los que han sido habituales en el pasado. Nuestra hipótesis de partida es que los procesos actuales de internacionalización de la producción, segmentación laboral (y consiguiente aumento de las desigualdades), crisis del sector público y crisis ecológica plantean un gran reto a la capacidad de actuación sindical en el medio y largo plazo.

La amplitud de interacciones que caracterizan las sociedades actuales hace asimismo impensable que puedan abordarse estos retos con unas pocas y simples propuestas. Cualquier medida que se adopte va a provocar efectos directos y un amplio conjunto de efectos colaterales que al final pueden ser más importantes que el efecto inicial. Es por ello necesario que las políticas a abordar traten de averiguar la naturaleza de estos efectos periféricos y colaterales, de desentrañar aquellas otras medidas que pueden ayudar a bloquear o potenciar determinados desarrollos, en definitiva a delinear una estrategia transitable y socialmente útil.

La situación actual deja poco espacio para una política reformista en la que el sindicato se limita a negociar las migajas del pastel de un crecimiento económico más o menos garantizado. El no plantearse una decidida voluntad de elaboración e intervención política

con pretensiones de globalidad puede conducir a una práctica de avestruz, de efectos perniciosos. Es por tanto tiempo para la política obrera, en su sentido más amplio de elaboración de proyectos que discuten el conjunto de condiciones de la vida social. En este proceso lógicamente los sindicatos no van a ser los únicos agentes. Creemos que si los sindicatos se plantean con seriedad y rigor estos problemas podrán atraer a sus posiciones a un conjunto más amplio de sectores sociales y servirán para cohesionar los distintos segmentos en que está dividida la clase obrera.

4.2. Evidentemente la situación actual aboca a la necesidad de plantearse con rigor una actuación de carácter internacionalista. Internacionalismo que no puede confundirse con los actuales procesos de integración europea, sino que debe priorizarse la acción común de las fuerzas obreras para evitar que el capital siga utilizando a su favor las diferencias institucionales que existen en los diversos estados. Está claro que en este terreno casi todo está por hacer y a ello habrá que dedicar esfuerzos.

4.3. Una política como la discutida va a provocar sin lugar a dudas tensiones. Estas no nacen de la mala voluntad de la gente sino de que cualquier cuestionamiento de la situación de partida genera automáticamente resistencias. Pero es claro que la reconversión capitalista está ya provocando cambios radicales en sus condiciones de vida y empleo que van en un sentido opuesto a las necesidades de la mayoría. Es precisamente este punto de partida el que permite pensar que opciones de transformación pueden plantearse frente a los proyectos del capital.

Ante una situación tan compleja y fluida sólo parece realista un método de análisis: el funcionamiento democrático de las organizaciones obreras, la apertura máxima al diálogo y la discusión. Sólo de esta forma es pensable que grupos variados de trabajadores logren asumir planteamientos complejos.

Al mismo tiempo se requiere un esfuerzo importante de información y formación de los propios cuadros y militantes sindicales. Esfuerzo que debe permitir a una amplia mayoría la toma de conciencia de la complejidad de la situación presente, al mismo tiempo que favorezca la autoconfianza en la propia actuación.

Queremos, a la vez, subrayar que tales líneas de actuación deben corporizarse en propuestas concretas, las cuales deben ser periódicamente revisadas y evaluadas para determinar sus efectos. Este mismo esfuerzo de concreción de las ideas generales y de corrección de las mismas va a permitir ganar fuerzas y cohesión a la propia organización y al conjunto de la clase.

4.4. No se nos escapa que tal política puede parecer excesivamente utópica o radical. Pensamos que hoy el capital deja poco terreno para la concesión reformista, y que la única forma de variar la orientación actual pasa por un cambio en la correlación de fuerzas que sólo puede venir de una deslegitimación profunda de su proyecto. Algo de esto ya permitió, con respecto a la política del Gobierno, la movilización del 14-D. El desarrollo de actitudes, valores y demandas más complejas no es sólo una necesidad para cualquier proyecto emancipatorio sino que constituye también un elemento básico para arrancar reformas y virajes necesarios. Los sindicatos se ven por tanto confrontados a la necesidad de elaborar y desarrollar una política no sólo a nivel de empresa o ramo, sino también en el plano general, propiciando la adopción de leyes y políticas, controlando la actuación de los poderes públicos, actuación de las que quizás es un exponente la lucha reciente de los sindicatos italianos en torno a la reforma fiscal.

Esto no supone, claro está, que vayamos a defender un abandono de las reivindicaciones salariales habituales. La lucha cotidiana por las pequeñas cosas constituye un elemento básico de cualquier acción sindical. Es incluso palpable que sin una lucha denodada frente a los continuos abusos que se producen en el seno de las empresas y que afectan a grupos concretos de trabajadores va a ser difícil interesar y hacer participar a un número creciente de trabajadores. Pero también es evidente que esta lucha puntual se ve confrontada cada vez más a problemas generales sin cuya solución va a producirse un nuevo retroceso social. Luchas puntuales y proyecto estratégico deben por tanto encontrar un equilibrio para conseguir que un amplio conjunto de personas acaben hermanadas en un proyecto de transformación social.

Febrero, 1989.